

¿Jóvenes despolitizados?

Visiones y condiciones de la ciudadanía en tiempos difíciles

JORGE BENEDICTO* Y EMILIO LUQUE**

RESUMEN

La vida política de los jóvenes es continuamente objeto de análisis y crítica. A pesar de que se suele insistir en la despolitización, en el debate cabe distinguir al menos cuatro posiciones sobre el tipo de relación que los jóvenes mantienen con la política: la que les responsabiliza por su escaso interés por los asuntos públicos; la que percibe esta actitud de desinterés como algo normal en nuestras sociedades; la que defiende que los jóvenes participan en la política, aunque quizá no en sus manifestaciones más convencionales; y la que insiste en la necesidad de comprender la concepción específica de la política que manejan los jóvenes. Tras exponer los principales argumentos de estas perspectivas, proponemos situar el foco de atención en cómo conversan los jóvenes sobre la "vida común" y señalamos algunos factores que pueden estar entorpeciendo la articulación de la conversación ciudadana entre los jóvenes, especialmente las dificultades que el contexto crecientemente globalizado plantea a la hora de identificar y comprender las causas de los problemas que afectan a los ciudadanos.

trucción de una escalera de incendios. Por supuesto, nadie hablaba de hacer una huelga o emprender una acción similar. La sorpresa de los padres ante lo que interpretaron como una nueva demostración de la pasividad de los jóvenes actuales se incrementó al enterarse de que, en los últimos años, la única ocasión en que los estudiantes de esa facultad se habían movilizado colectivamente para reivindicar algo fue cuando la cafetería cambió la marca de la cerveza que se servía en el bar. Los padres, que pertenecen a la generación de españoles socializados políticamente en la transición a la democracia, no entendían cómo los estudiantes no habían realizado alguna acción de protesta: "por mucho menos, nosotros ya habríamos montado una huelga y ahora, en cambio, sólo les interesa la marca de la cerveza", repetían asombrados.

Parece una tentación inevitable para las generaciones precedentes comparar las formas en que los jóvenes se implican políticamente (o no), con las que recuerdan de su propia juventud. No es nada sorprendente que las nuevas generaciones a menudo salgan perdiendo en la comparación. Desentendidos de lo público, con alarmantes déficits en su cultura cívica, sin capacidad para la acción colectiva, los jóvenes marcharían de *botellón* en *botellón*, de un empleo basura a otro, preocupados sólo de su ocio, de su apariencia y de otros consumos. En otras ocasiones, el juicio adquiere un tono menos severo hacia los jóvenes, al subrayar que entre ellos el discurso dominante, que definiría la actividad política como asunto de otros, apenas se diferencia del discurso de sus mayores. Frente a estos diagnósticos pesimistas, los jóvenes encuentran –normalmente sin pedirlo– esforzados paladines que argumentan que las investigaciones más serias muestran una población joven democráticamente más activa

1. INTRODUCCIÓN: MARCAS DE CERVEZA, POLÍTICA Y JÓVENES

Una joven universitaria comentaba con sus padres que en su facultad hacía un frío espantoso, que la mayor parte de los alumnos tenía que estar con abrigos y guantes en las clases, y que, según se contaba, todo ello se debía a la necesidad de ahorrar combustible para así poder pagar la cons-

* Profesor Titular de Sociología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

** Profesor Ayudante Doctor de Sociología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

e integrada de lo que piensan los decepcionados comentaristas anteriores. El problema, en buena medida, estribaría en que no entendemos el significado real que lo político adquiere para las nuevas generaciones, precisamente porque estamos empleando las redes que cazaron las viejas mariposas de otras formas de implicación.

Quizá todas estas perspectivas, incompatibles a primera vista, relaten una parte de la historia, como en el *Rashomon* de Kurosawa. Quienes esperan que los jóvenes sean siempre los actores principales del cambio histórico tienen probablemente razón en sentirse decepcionados, al menos desde hace casi 40 años, al ir tornándose sepias las fotos de Daniel Cohn-Bendit buscando bajo los adoquines de París la playa de la revolución permanente. Es también probable que el discurso hegemónico de extrañamiento de la política, que efectivamente parece ser el más potente en la actualidad, esté ocultando la persistencia de formas individuales de participación, incluso aquellas más convencionales, y otras más innovadoras. Y es verdad, casi por definición, que los analistas de la política son, cuando tratan de jóvenes, como el borracho que busca su llave bajo una farola porque allí se ve mejor que en el lugar donde la ha perdido realmente. Puede ser ésta una buena oportunidad para cambiar incluso la definición operativa de lo que estamos buscando al hablar de política, y comenzar de nuevo la tarea de encontrar las prácticas ciudadanas allí donde se den, aunque sobre ellas no haya demasiadas farolas teóricas. Ulrich Beck lo expresa de manera muy gráfica cuando afirma que *"buscamos lo político en un lugar equivocado, con los conceptos equivocados, en los niveles equivocados, en las páginas equivocadas de los periódicos"* (1999: 136).

El propósito central de este trabajo es, por tanto, problematizar las diferentes argumentaciones que, desde los medios de comunicación, el ámbito académico, los partidos o las instituciones estatales, suelen ofrecerse acerca de cómo se plantean nuestros jóvenes la relación con el mundo de lo político, con sus significados y expresiones formales. Creemos necesario poner en cuestión las formulaciones simplistas a las que estamos acostumbrados, y plantearnos si las evidencias que se repiten una y otra vez sobre la pretendida despolitización de los jóvenes responden a hechos reales, o si, en buena medida, son el resultado de la forma en que miramos el problema. Si seguimos insistiendo en las mismas cuestiones y haciendo las mismas preguntas de la misma manera, no saldremos del callejón sin salida al que nos abocan las visiones contrapuestas sobre la politización de los jóvenes. Para

evitar esta ruta demasiado conocida, en la segunda parte del texto daremos un paso atrás, situándonos en la esfera cotidiana donde comienza a articularse la experiencia de ciudadanía, y discutiremos cuáles son las condiciones de posibilidad y las dificultades de la construcción de esa experiencia por parte de los jóvenes. Somos conscientes de la complejidad que posee cualquier análisis de la ciudadanía, de sus diferentes dimensiones y niveles institucionales; no obstante, en esta ocasión vamos a centrarnos en un aspecto concreto, como es la participación en esa "anónima conversación pública" (expresión con la que Seylah Benhabib caracterizó el espacio de debate ciudadano) en la que se tejen constantemente miríadas de discusiones, de argumentos, que nutren y forman el sustrato de toda vida política posible.

Antes de comenzar, conviene hacer algunas precisiones. En primer lugar, es preciso resaltar la importancia de no perder nunca de vista la heterogeneidad que recorre la categoría *juventud*, en tanto en cuanto bajo esa denominación agrupamos una multiplicidad de situaciones sociales y recorridos vitales. Esta heterogeneidad está asumida en la mayor parte de la investigación en temas de juventud (Wyn y White, 1997); sin embargo, no ocurre lo mismo cuando se aborda el tema de la relación con la política. Pues bien, solamente asumiendo las consecuencias que se derivan del contexto de pluralización e individualización en el que se mueven hoy los jóvenes, y la diversificación de rutas a través de las cuales llegan a la madurez (López Blasco, 2005: 75-84), se podrá entender desde qué posición hablan los diferentes grupos de jóvenes cuando hablan de lo colectivo y de cuáles son sus preocupaciones e intereses.

También se presta a confusión la influencia que la edad y la progresiva asunción de responsabilidades adultas tienen sobre la relación con el mundo de lo político. En gran parte de la investigación clásica en participación política, se sostiene que los jóvenes, mientras lo son, tienen cosas más importantes que hacer que preocuparse por la política, pero conforme adquieren las obligaciones y responsabilidades características de la vida adulta, su interés por las cuestiones de índole colectiva aumenta (Parry *et al.*, 1992). En varias ocasiones se han puesto de relieve las dificultades derivadas de esta forma de ver la juventud, sobre todo en un momento como el actual en el que el estatus adulto se ha hecho mucho más ambiguo, dejando de ser una estación de llegada claramente definida, con un significado social, económico y cultural evidente (Benedicto y Morán, 2003). Pero ello tampoco puede

ocultar que, en las distintas etapas de la vida y entre los diferentes grupos de edad, existen diferencias apreciables a la hora de enfrentarse con las cuestiones que dan forma a la vida en común.

Para evitar las posibles confusiones derivadas de la introducción del factor "edad" hay que distinguir tres tipos de efectos: los efectos del ciclo vital, los efectos de período y los efectos generacionales. Los primeros se refieren a los cambios que se producen al pasar de una etapa a otra de la vida. La imagen del joven aún no asentado y, por ello, despreocupado de lo colectivo se basa en este efecto. Los efectos de período afectan a todos los grupos de edad, aunque no necesariamente por igual, y normalmente tienen que ver con el impacto que sobre la población tienen contextos sociales y políticos temporalmente definidos. La fugaz pero intensa activación política de los españoles que se opusieron a la invasión de Irak constituiría un ejemplo de este tipo de efectos. Por último, los efectos generacionales apuntan a aquellos cambios que afectan de manera específica a un grupo de edad concreto, y que suelen tener consecuencias perdurables a lo largo de sus recorridos vitales. Muchos de los cambios en la relación que las nuevas generaciones mantienen con la vida política y que, al igual que nuestros protagonistas de la anécdota inicial, solemos interpretar como síntoma evidente de desinterés o despreocupación por lo colectivo, podrían responder a experiencias generacionales (Phelps, 2004). El problema, en último término, será distinguir unos efectos de otros, cosa no siempre fácil de conseguir.

La tercera cuestión que merece la pena destacar es la importancia de una perspectiva *intergeneracional* para situar las reflexiones sobre los jóvenes. Y es que no debe perderse de vista que la juventud es una categoría relacional, cuyo estatus social se define en función de los vínculos que mantiene con el estatus adulto y el resto de edades. De esta manera se evita uno de los problemas más habituales en los discursos mediáticos sobre la juventud, consistente en hablar de ésta como si no estuviera inserta en procesos sociales más amplios que afectan también a los adultos, a las personas mayores y a toda la sociedad en su conjunto. Pensamos además que esta perspectiva intergeneracional ayuda a comprender las visiones contrapuestas sobre la vida política de la juventud como síntomas, como diagnósticos –a veces denegados o desplazados– de la salud democrática de la sociedad en su conjunto.

En lo que sigue exploraremos estos temas en tres apartados. En primer lugar, nos pregunta-

mos si las presuntamente innegables evidencias sobre la desafección política de los jóvenes son tan innegables como aparentan y si carecen de interpretaciones alternativas. En segundo lugar, tratamos de resumir las diferentes perspectivas que se manejan sobre la vida política de los jóvenes en cuatro grandes categorías, cuya exposición nos lleva a esa sensación de bloqueo analítico que hemos avanzado ya. En una tercera sección, planteamos un punto de partida algo distinto desde el que recorrer las capacidades (e incapacidades) existentes en la experiencia de lo político entre los jóvenes.

2. LOS CONTORNOS DE UNA REALIDAD CONFUSA

Que a los jóvenes les interesan cada vez menos las cuestiones políticas, que se implican muy poco en estos temas y, en suma, que este ámbito de la vida social ocupa un lugar cada vez más secundario en sus prioridades vitales, se ha convertido en los últimos años en una de esas afirmaciones que todo el mundo repite, una especie de principio incuestionable que, además, constituiría una de las señas de identidad de esta etapa de cambio social acelerado en el que vivimos instalados. Sin embargo, cuando se mira con detenimiento el fenómeno, vemos que estamos ante un hecho mucho más complejo, en el que las evidencias apuntan en diferentes direcciones y cuyos contornos son difíciles de precisar.

El tono pesimista que caracteriza el discurso sobre juventud y política se ha ido incrementando de manera progresiva en las últimas décadas, en paralelo a los cambios producidos en los contextos sociales y políticos en los que se han socializado las nuevas generaciones (Bynner, Chisholm y Furlong, 1997). El bloqueo del acceso al mercado de trabajo, característico de los años ochenta, o la precarización laboral de los años posteriores, con el consiguiente alargamiento de la etapa de dependencia familiar, han creado un entorno de descontento juvenil en el que cobra sentido la creciente desafección de los jóvenes hacia la actuación de las instituciones y de sus responsables, que no ofrecen respuestas eficaces a los problemas de la juventud, ni atienden sus demandas y expectativas. La consecuencia última es la pérdida de interés hacia las cuestiones políticas y la relegación a una posición absolutamente secundaria dentro de sus preocupaciones vitales.



Los resultados de las encuestas de opinión pública corroboran una y otra vez la misma impresión: una mayoría de jóvenes expresa una relación desconfiada y distante con la política, *tal y como ésta se formula desde las instituciones*. Pero los jóvenes no son el único grupo inmerso en este contexto de creciente desafección respecto a la política institucional. En todos los estudios de cultura política se subrayan una serie de pautas que se repiten insistentemente en todos los grupos sociales; por ejemplo, el aumento de la desconfianza de los representados respecto a sus representantes y a las instituciones que tienen que resolver los problemas colectivos. Hay también evidencia de que la participación política de los ciudadanos, más allá del voto, es bastante reducida en términos cuantitativos, y que sólo pequeñas minorías se implican en la vida política institucional.

Para rebatir este diagnóstico pesimista, hay quien niega la mayor, es decir, que la disminución de la implicación de los jóvenes en las instituciones políticas no puede interpretarse como una prueba definitiva de su despolitización. Al tiempo que este descenso en la implicación política formal, se estaría produciendo una expansión significativa de su presencia en otro tipo de actividades políticas, menos reguladas institucionalmente, pero más acordes con su forma de experimentar la vida colectiva, como las protestas, los movimientos sociales, las organizaciones voluntarias (Norris, 2002), o las formas de activación política vía Internet.

Las nuevas generaciones estarían dando forma, a través de sus prácticas, a un nuevo modelo de implicación caracterizado por ser mucho más puntual y específico, centrado en cuestiones que conectan con su experiencia personal y que requieren resultados más o menos inmediatos. El abanico de temas en los que esta nueva forma de implicación cobra sentido se diversifica y amplía hacia las cuestiones relacionadas con la solidaridad cívica, el medio ambiente o el reconocimiento de identidades diferenciadas, mientras que aquellos temas que normalmente más han preocupado a las instituciones políticas pasan a un segundo plano. Estaríamos, por tanto, asistiendo a la configuración de una experiencia política diferente de la que había caracterizado a las generaciones anteriores.

El problema ahora consistiría en reconocer esta nueva situación en medio de un enjambre de evidencias contradictorias, porque lo que para unos puede ser considerado prueba de despolitización de los jóvenes, para otros puede ser otra forma de politización. Anne Muxel lo expresa claramente al

referirse a las nuevas generaciones francesas: “[los jóvenes] no están ni despolitizados ni desmovilizados (...). Aun cuando no quieren «oir» al mundo político tal y como es, no abandonan la escena política. Son actores plenos. De otra manera, a su manera seguramente, están políticamente en el juego. Lo que hay que tratar de entender es la forma en la que hoy se vinculan, si no a la política, sí a lo colectivo (...)” (Muxel, 2001: 47).

3. VISIONES Y MIRADAS SOBRE LA VIDA POLÍTICA DE LOS JÓVENES

Si alguna conclusión rápida puede sacarse de las evidencias y argumentos que acabamos de presentar es que no puede admitirse, sin más, la idea de que los jóvenes actuales están despolitizados, por mucho que las apariencias nos empujen en esa dirección. Por el contrario, el tema no permite un diagnóstico fácil ni exento de controversia. Esta complejidad ha alimentado un debate prácticamente interminable en el que no queremos terciar; pretendemos identificar en él las principales posiciones, por cuanto creemos que aportan en sí mismas información muy interesante sobre la imagen social de la juventud, sobre su papel en la sociedad actual y, en fin, sobre el funcionamiento de nuestros sistemas democráticos.

Para clasificar estas posiciones hemos partido de dos criterios fundamentales: en primer lugar, si se admite o no la tesis de la despolitización de la juventud; en segundo lugar, si los jóvenes emergen con rasgos diferenciados con respecto al resto de la población, o bien comparten básicamente su situación. La combinación de estos criterios da como resultado cuatro categorías, con visiones distintas sobre la vida política de los jóvenes. Lógicamente los múltiples discursos que enuncian los diferentes actores participantes en este debate no se identifican, en la mayor parte de las ocasiones, con una y sólo una de las categorías establecidas, sino que casi seguro incluyen elementos de varias de ellas; lo importante, a efectos analíticos, es lograr identificar las principales posiciones discursivas en liza y sus lógicas.

La posición “culpabilizadora”

Una de las posiciones habituales y más conocidas en este debate es la que sostiene de manera

explícita la creciente despolitización de los jóvenes y la achaca, básicamente, a la apatía y el desinterés que muestran por todas aquellas cuestiones que rebasen el ámbito de sus intereses y preocupaciones más cercanas. Este tipo de discurso de orden moral(ista), más o menos manifiesto, es el que predomina en los medios de comunicación y entre muchos políticos. La base empírica sobre la que suele apoyarse son los sondeos de opinión a la población joven.

El núcleo argumentativo de este discurso es la preocupante falta de interés de los jóvenes por la actividad política en su conjunto y, en particular, por la acción de las instituciones políticas y sus responsables. Aunque la mayor parte de los jóvenes no cuestiona el sistema democrático en el que viven, los estilos de vida juveniles, sus actitudes hedonistas, centradas en el disfrute inmediato de las cosas, se mostrarían incompatibles con el compromiso y la preocupación por lo colectivo, uno y otra necesarios para implicarse en la vida política. La *culpa* o responsabilidad de la situación de creciente despolitización recaería, por consiguiente, en los propios jóvenes (Kimberlee, 2002).

Si se analiza con detenimiento este tipo de discurso, manejado una y otra vez desde los medios de comunicación y de forma más matizada por los responsables institucionales, se puede rastrear la percepción de la juventud como *problema*. Al igual que constituyen un problema social importante cuando consumen drogas o beben en la calle, los jóvenes representan un problema para la sociedad democrática porque cada vez manifiestan un mayor desapego por la política, y cada vez hacen menos uso de aquellos instrumentos que las instituciones ponen a su disposición. La ausencia de los jóvenes de la esfera política institucional podría terminar socavando las bases de legitimidad de la democracia, poniendo de manifiesto las debilidades y limitaciones de una vida democrática que la mayor parte de las veces se limita a una mera repetición de rituales desprovistos de significado.

Dentro de esta categoría de discursos “culpabilizadores”, lógicamente existen diferencias importantes. En su versión más débil, se sostiene que este comportamiento de los jóvenes es un efecto de ciclo vital; es decir, conforme los jóvenes vayan asumiendo las responsabilidades típicas de la vida adulta, como tener hijos, contratar hipotecas o tener un puesto de trabajo, las cuestiones políticas les irán importando más porque empezarán a afectarles más directamente a sus intereses personales (Schlozman *et al.*, 1999). Por lo demás,

esta forma de ver la política y la participación se sustenta sobre una concepción instrumental e individualista de la política, que también subyace al análisis del funcionamiento de nuestros sistemas democráticos y, en general, a la mayoría de la reflexión politológica (Benedicto, 2004). La versión más pesimista sostiene que estamos ante un problema generacional, cuya repercusión podría tener consecuencias duraderas en nuestras sociedades democráticas. Los estilos de vida de los jóvenes actuales y sus actitudes ante el mundo que les rodea estarían alejándoles, de manera casi irremediable, de la esfera pública y fomentando su apatía y desinterés hacia todos aquellos ámbitos que suponen compromiso o responsabilidad.

Una de las debilidades más evidentes de este discurso culpabilizador es que responsabiliza a los jóvenes de problemas que necesariamente influyen y se detectan en todas las generaciones. Sorprende que quienes mantienen este discurso solamente hablen del riesgo que corren nuestras sociedades democráticas y se planteen posibles estrategias para remediarlo cuando se alude a la creciente despolitización de los jóvenes, mientras que apenas discuten sobre cómo hacer frente al escepticismo y recelo con que muchos adultos observan todo aquello que rebasa el estrecho mundo de sus intereses individuales. Lo importante no parece ser qué tipo de ciudadanos se están formando en nuestras sociedades, sino más bien que los jóvenes, como los adultos, cumplan ritualmente con sus obligaciones cívicas de corto alcance, como votar, ver las noticias políticas en la televisión o decantarse por uno u otro partido cuando se les pregunta en las encuestas.

La posición “normalizadora”

Una segunda categoría presente en el debate sobre la vida política de los jóvenes engloba a aquellas posiciones que admiten la crisis de implicación política de las nuevas generaciones, pero lo hacen sin grandes sobresaltos porque creen que los jóvenes, al fin y al cabo, reproducen los valores, actitudes y comportamientos que ven en sus padres o en los adultos en general. No es que su diagnóstico sea menos pesimista que el de aquellos que *echan la culpa* a los jóvenes; antes al contrario, su percepción de la salud democrática de nuestras sociedades es bastante poco halagüeña. Las tendencias individualistas y el retiro a la vida privada constituirían los rasgos predominantes de una sociedad donde prima el mantenimiento del statu quo y los valores instrumentales de raíz eco-

nomicista, mientras que la implicación activa en el ámbito de las cosas comunes apenas encontraría incentivos.

La visión que se maneja de la juventud desde este tipo de discurso es pretendidamente realista. Se asume, sin ambages, la nueva dinámica de la juventud en la que el ocio ha sustituido al trabajo como eje central de sus preocupaciones vitales, y el compromiso social se percibe como una responsabilidad de otros, en este caso de los adultos. La conclusión es que, por encima de la heterogeneidad de los comportamientos, en el discurso juvenil el interés por lo colectivo y el compromiso con la participación no son especialmente apreciados, ni se les considera metas a conseguir... de la misma forma que entre los adultos, aunque cuando se les pregunta a éstos, digan otra cosa. En una reciente investigación sobre jóvenes y política en España llevada a cabo por el INJUVE y un grupo de investigadores de la Fundación para la Ayuda contra la Drogadicción (Megías, 2005: 189) hallamos un claro ejemplo de esta forma de mirar a la juventud: *“nos encontramos ante el discurso de unos jóvenes poco implicados y escasamente interesados en lo relativo a la política, el voluntariado o la agrupación en torno a colectivos de una u otra naturaleza (...). Por supuesto que existirán jóvenes con actitudes distintas y otro tipo de inquietudes, pero en nuestros grupos fueron clarísimamente minoritarios y, por lo general, fueron silenciados por las tendencias dominantes”*.

El discurso “normalizador” insiste en la integración funcional de los jóvenes en la sociedad en la que viven. Al igual que el principal objetivo de las estrategias y comportamientos juveniles en el período de transición es lograr una integración social no conflictiva en el mundo adulto, en el terreno de la política los jóvenes también asumen sin grandes problemas las tendencias sociales predominantes. Los intereses particulares se convierten en el principal criterio para valorar si merece la pena una determinada actitud o un comportamiento concreto. Desde esta perspectiva parece lógica la descarnada conclusión de que *“nada alrededor del joven concita la acción comprometida, en la lectura que ese joven y su grupo hacen: no hay grandes problemas (al menos que les afecten directamente), cada cual está rodeado por gente que se mueve en los mismos parámetros y por las mismas motivaciones, no hay ninguna reclamación movilizadora desde el mundo de los adultos, no hay garantías de que cualquier intento de cambio en profundidad vaya a ser eficaz”* (Megías, 2005: 300).

La posición “defensiva”

Una posición que se suele mostrar claramente beligerante con las dos que acabamos de describir es la que hemos denominado “defensiva”. En este caso, el argumento principal es, contrariamente a los anteriores, que los jóvenes *no* están desvinculados del mundo de la política, dado que su interés por este tipo de cuestiones es mayor del que podría parecer a primera vista, y llevan a cabo más comportamientos participativos de los que suelen atribuírseles.

Las evidencias empíricas que respaldan este discurso se sitúan en dos planos complementarios. Por una parte, se sostiene que, por debajo de las generalizaciones de las encuestas, hay muchos jóvenes que participan activamente en iniciativas concretas, preferentemente en el ámbito local, dando así muestra de su preocupación y compromiso con lo colectivo. Por otra parte, cuando surgen acontecimientos o problemas en la vida política que requieren la participación activa de los ciudadanos, allí suelen estar presentes de manera mayoritaria los jóvenes, como demostraron las movilizaciones contra la guerra de Irak, el movimiento de ayuda voluntaria ante el desastre del Prestige, o la elevada participación juvenil en las elecciones de 2004. La vinculación de los jóvenes con la política se haría más intensa, pues, en estos dos extremos de la dinámica social, mientras que en el terreno intermedio de las instituciones y los rígidos procedimientos formales encontraría más dificultades.

El alejamiento de muchos jóvenes de las instituciones políticas y su opinión negativa sobre los políticos, registrada una y otra vez en los sondeos de opinión, no serían, según los que mantienen esta posición, sino un reflejo de la escasa atención que políticos, partidos e instituciones prestan a las necesidades y los problemas específicos de los jóvenes. La responsabilidad, en vez de achacársela a los jóvenes por su apatía y desinterés, tal y como hacían los culpabilizadores, recae ahora en las instituciones o en los partidos que excluyen a los jóvenes de la política formal. En vez de escucharles y tener en cuenta sus opiniones, se les ponen trabas y se trata de neutralizar cualquier intento de defender posiciones específicas que pueda poner en cuestión los consensos economicistas de la sociedad adulta (Kimberlee, 2002).

Este tipo de discurso defensivo suele estar muy presente en los grupos juveniles o en las instituciones que se dedican a temas juveniles, y cons-

tituye un buen reflejo de la contradicción en la que muchas veces se mueven unos y otras. Por una parte, al trabajar en el mundo de los jóvenes no pueden admitir resignadamente la tesis de la despolitización, porque de alguna forma sería reconocer su propia inutilidad; al mismo tiempo, tampoco pueden abstraerse de las reticencias que muestran los propios jóvenes para involucrarse en las iniciativas que se despliegan para ellos. A veces da la sensación de que se maneja una visión de la juventud más cercana a cómo se querría que fueran esos jóvenes que a cómo realmente son.

La posición “comprensiva”

La última categoría que hemos identificado destaca la necesidad de comprender la dinámica actual de la juventud y las nuevas circunstancias en las que se desarrollan las transiciones juveniles, para así conocer bajo qué coordenadas se configura su experiencia política, que *a priori* se entiende como escurridiza. Frente a la hegemonía mediática y social de la tesis de la despolitización juvenil, surge así una nueva forma de plantear la cuestión. En vez de mirar a los jóvenes desde la perspectiva de los adultos, preguntándose una y otra vez el porqué del fracaso para implicarles en la política institucional, que a fin de cuentas podríamos calificar de política adulta, se propone desarrollar una mirada específica para averiguar cómo conciben los jóvenes lo político y cómo lo experimentan (O’Toole, Marsh y Jones, 2003).

Desde esta perspectiva, se subraya que el entorno de incertidumbre y provisionalidad en el que hoy maduran los jóvenes es muy distinto del que vivieron las generaciones anteriores, lo que obliga a plantear su vinculación con el ámbito de lo colectivo desde premisas bien diferentes y en terrenos también diferentes. En palabras de Henk Vinken, “[e]l mundo ha cambiado y también lo han hecho las formas en que los ciudadanos expresan sus preocupaciones [...]. (L)as generaciones jóvenes de hoy pueden expresar sus intereses, mostrar su implicación política, y crear capital social de nuevas maneras, especialmente aquellas que permiten mayor reflexividad, y a través de nuevos canales, particularmente en el terreno del ocio o del consumo” (2004: 255). A través de Internet, del ocio o del consumo, los jóvenes actuales construyen sus identidades, crean caminos alternativos para establecer lazos de solidaridad, vida comunitaria e implicación en el bien común. En buena medida, estos campos se estarían convirtiendo en el principal terreno de expresión de la politización juvenil.

Las tensiones de la vida política de la juventud –y de la propia sociedad democrática–, de acuerdo con este discurso, serían fruto del predominio en la esfera pública de una concepción de la política ciertamente restrictiva, que confina la discusión sobre las cosas comunes a los estrechos márgenes de las instituciones representativas y otorga la responsabilidad del desarrollo de esa discusión a los políticos profesionales. Esta connotación restringida de la política, que permea toda la sociedad pero que se manifiesta de manera más evidente entre los jóvenes, resulta fundamental para no confundir el escepticismo y la lejanía frente a la vida política institucional con apatía o desinterés hacia las cuestiones de índole colectiva (Benedicto, 2004: 255).

El problema de esta manera de plantear el tema en cuestión reside en que apenas deja hueco para explicar las actitudes individualistas y privatistas que caracterizan nuestra sociedad actual y que, lógicamente, también afectan a las nuevas generaciones. Al ampliar la concepción de lo político hasta abarcar prácticamente cualquier ámbito de la vida de los individuos, se puede llegar a tener una visión deformada de la realidad, ignorando las tendencias que efectivamente menoscaban el interés y la implicación de los ciudadanos en el espacio público. Una cosa es pensar que los jóvenes actuales no están despolitizados, sino que su experiencia política posee unos contornos específicos diferentes (Muxel, 2001), y otra bien distinta olvidar los problemas, cada vez más acusados, que tienen los jóvenes para acceder a una ciudadanía activa y responsable (Benedicto y Morán, 2003).

Tras exponer estas cuatro posiciones discursivas, sus problemas y virtudes, resulta evidente, tal y como decíamos al principio, la escasa eficacia analítica de seguir reincidiendo una y otra vez en el mismo debate, sea cual sea la posición que se adopte. De ahí que nos parezca necesario buscar una ruta de análisis más fructífera. A partir de ella deberíamos poder hacernos preguntas distintas, y mantener en suspenso otras dadas por supuestas desde las cuatro posiciones arriba revisadas, incluyendo al mismo tiempo lo que nos parece más fundado de estas perspectivas.

Así, la naturaleza misma de lo político debería ser el *resultado*, y no un punto de partida de nuestro estudio, como apuntan los “comprensivos”. También deberíamos poder detectar efectos generacionales, es decir, identificar pautas socio-históricas que hayan afectado especialmente a las nuevas generaciones, de forma que les lleven a expresar un desencanto político más agudo que el

que experimenta el resto de la población, como denuncian los “culpabilizadores”. Todo ello sin que los jóvenes aparezcan con rasgos excesivamente distintos respecto de una sociedad con la que probablemente comparten, como quieren los “normalizadores”, las claves básicas en términos de valores, sin cuestionar de forma activa el reparto de papeles vigente. Y también deberíamos identificar, en esta reorientación de la mirada sociológica, la razón por la que perviven muchas formas de implicación –como afirman nuestros “defensivos”–, incluso un cierto nivel de las más clásicas, cuando la radicalidad del discurso hegemónico de la despolitización juvenil parece hacer de toda participación política la obra de alucinados. En el siguiente apartado, sugerimos algunas pistas sobre cómo avanzar en esta nueva forma de mirar la vida política de los jóvenes.

4. LA (DIFÍCIL) CONVERSACIÓN COMÚN SOBRE LA VIDA COMÚN

“No sé hablar de política, y eso es un fallo, porque es lo que nos mueve todo”, dice uno de los jóvenes participantes en los grupos de discusión del ya citado informe de la FAD sobre el compromiso político juvenil (Mejías, 2005: 120). En otra cita de la misma investigación, una joven expresa hasta diez veces en una corta intervención que no sabe realmente qué quiere decir “participar”. ¿Qué sucede? ¿Qué está dificultando la capacidad de articular el sentido de lo político, de la participación, de la vida en sociedad? Para responder a esta cuestión, ya hemos visto que los discursos habituales no son eficaces: por eso sugerimos situar el análisis en los propios cimientos del edificio de la vida democrática, aquel ámbito al que se refiere Nina Eliasoph cuando afirma que “[l]a sustancia de la vida política es la discusión pública” (1990: 465).

La operación que proponemos es triple: acudir a los espacios de la conversación cotidiana como aquellos en los que *sucede* también lo político; desligar esta categoría de la acción de los “sospechosos habituales” de la política al uso, es decir, de los partidos políticos y las instituciones representativas; y reconsiderar, desde este nivel, los problemas y las condiciones de articulación del discurso político cotidiano.

Pero al rehuir identificar lo político con la política profesional, debemos también poner coto a la expansión de su significado, que de otro modo

se hace tan vago como para ser irrelevante. A nuestro juicio, cabe utilizar dos criterios específicos para poder reconocer la siempre escurridiza “palabra política”: por una parte, cuando buscamos a través de ella hacer emerger un sujeto colectivo, un “nosotros” o un “ellos” (Latour, 2003); por otra parte, en palabras de Wright Mills, cuando los *problemas individuales* se interpretan como síntomas de *asuntos públicos*.

En todo caso, debe quedar claro desde el principio que el que propugnemos conceder la importancia que merece a este espacio de “composición común del mundo común”, en expresión de Latour (2003), no nos hace menos conscientes de la naturaleza multidimensional de la ciudadanía. Sin el reconocimiento institucional de la misma, es decir, sin las condiciones formales y estructurales que hagan viable su ejercicio efectivo, la ciudadanía tampoco tiene demasiado sentido. Esto es compatible con pensar, tal y como lo expresan Jones y Gaventa (2002: 13), que “la forma en que las personas se entiendan a sí mismas como ciudadanos tendrá probablemente un impacto significativo en sus derechos y obligaciones, y en si participan o no, de qué manera y por qué”.

El caldo de cultivo de la ciudadanía es aprender a “estar entre otros”. Se trata de la condición de posibilidad misma de la vida en común en las sociedades complejas: saber de la suerte del otro; saber que, en condiciones de interdependencia, toda acción individual tiene consecuencias colectivas; y ser consciente también que todo proceso colectivo probablemente tendrá consecuencias en el ámbito más cercano. Es éste el sustrato mismo en el que una esfera pública puede echar raíces; o, en palabras de Jean Leca (1991: 173), la “capacidad de ponerse en el lugar de otros ciudadanos para comprender (...) sus intereses y justificaciones”: la *empatía* cívica, otra de las dimensiones de la ciudadanía.

Nuestra apuesta es la siguiente: existen crecientes dificultades para articular un discurso coherente sobre quiénes somos, qué sabemos unos de otros, y lo que nos pasa. Esto hace también muy complicado enunciar cómo controlar nuestra vida común mediante procesos democráticos, situándonos ante una infinidad de fracturas en el entramado de la esfera pública, sobre el que se construye la ciudadanía tal y como es experimentada por todos nosotros. Estas dificultades de articulación son comunes a toda la sociedad actual, pero muchas de ellas son vividas con mayor intensidad por los más jóvenes, como veremos a continua-

ción, al señalar dos de estas constricciones que adquieren una especial importancia entre las nuevas generaciones. Esto se debe, por un lado, a la experiencia particular del mundo de los últimos años en el que se han socializado, y por otro, a las características estructurales en que se desarrollan hoy en día las transiciones juveniles; es decir, la complejidad de un mundo globalizado apenas comprensible y fracturado políticamente, y la dificultad de trazar un “nosotros” coherente en condiciones de fragmentación e individualización. Acabaremos planteándonos cuáles son las formas de mirar más adecuadas y prometedoras para captar esa inagotable y desatendida conversación común sobre lo común.

Las percas africanas y la inteligibilidad del mundo político

Parece claro que ninguno de nosotros puede, en este estadio de globalización caótica, hacer otra cosa que no sea balbucear el idioma casi desconocido en el que intentamos describir y poner así orden en la vida común. Si la *inteligibilidad* del mundo y su organización política es otra de las dimensiones básicas de la ciudadanía que menciona Leca (1991), la inmanejable complejidad de la sociedad que compartimos pone en cuestión que dispongamos de “un mapa cognitivo que permita percibir el «sistema» como mecanismo (causal o efectivo) cognoscible y susceptible de ser aprehendido, al menos en parte, o en algunos de sus niveles” (1991: 153).

La magnitud de esta dificultad para la inteligencia ciudadana quizá puede captarse mejor con un ejemplo. En una reciente película del director austriaco Hubert Sauper, *La pesadilla de Darwin*, se describe la introducción en el lago Victoria de África de la voraz perca del Nilo, una especie invasiva que, en pocos años, había acabado con casi todo el resto de los peces del lago. Tan rápido se multiplicaba, que pronto sus blancos filetes eran exportados a todo el mundo, apilados en las bodegas de viejos aviones soviéticos, que en su viaje de ida transportaban armas para las cruentas guerras del interior del continente olvidado. Se conformaba así un intrincado nudo formado por los agentes del Banco Mundial, fabricantes de armas, niños sin hogar en las calles de Kisangani, pescadores, prostitutas tanzanas y comisarios europeos, entre otros. Un nudo social y político, un nudo global del que cualquiera de nosotros pasa a formar parte cuando compra un simple filete de perca en el supermercado de su barrio.

La globalización, liderada por los actores empresariales y financieros, supone la extensión constante de las redes de responsabilidad, de culpabilidad, de contacto a medias ciego y a medias vertiginoso entre espacios y gentes cada vez más heterogéneos. Sin embargo, sabemos también que la reestructuración globalizada del mundo no está en absoluto acompañada de una reordenación política de la misma magnitud. De esta complejidad desconectada de la capacidad de acción institucional son muy conscientes los jóvenes, quizá mejor que los demás colectivos sociales, porque les ha tocado socializarse en la curva ascendente de este estadio de globalización. Las causas del desempleo de uno aparecen confusamente relacionadas con la construcción de una nueva ciudad en la costa del Mar de China, o el prestigio de las escuelas de informática en las repúblicas bálticas; la generación del agujero de ozono y el cambio climático ha interiorizado, confusamente, sin referencias ni orientaciones, la fractura entre lo experimentado, sus consecuencias, sus causas, y los mecanismos de control colectivo.

Estas son, pues, las difíciles condiciones en las que la conversación común de los jóvenes debe desarrollarse. ¿Cómo emplear, entonces, las narrativas que permitían identificar, casi sin esfuerzo, culpables y responsables? ¿Cómo reconocer a aquellos ante o contra los que reclamar? ¿De qué manera nombrar las acciones y los espacios a través de los que regular colectivamente el capitalismo actual? Como señalan los jóvenes en cuanto tienen oportunidad, “nos mueven todo”, pero uno no sabe bien a quién exigirle que no le muevan. La traducción del problema concreto a la responsabilidad estructural se hace muy complicada, y a menudo deriva en narrativas morales, de acusación y culpabilización en las que echan raíces los distintos populismos y xenofobias de última hornada.

¿De quién hablamos al decir “nosotros”?

Cuando pensamos en las condiciones en las que se desarrolla la conversación pública, y la participación de los jóvenes en ella, importa recordar que el hablante necesita una identidad legítima, un espacio en el que reconocerse y ser reconocido como hablante válido. Desde hace bastantes años, existe un desajuste claro entre la identidad ciudadana por excelencia de los estados del bienestar europeos, la del asalariado estable, con las condiciones de desestructuración y precariedad de los recorridos de esa juventud en permanente prórroga. Por otra parte, en un contexto de individualización, de fragmentación de las trayectorias edu-



cativas y laborales, se hace cada vez más difícil nombrar de manera coherente a los colectivos que aparecen en nuestras conversaciones políticas. Y de esto parecen conscientes los jóvenes, que hacen de la aparentemente simple tarea de conocimiento del otro una tarea cívica en sí: “[t]ener acceso a la realidad de otra persona... participar una persona de la realidad que está viviendo otra en la sociedad que comparte”, en palabras de otro de los jóvenes participantes en el estudio ya mencionado varias veces (Megías, 2005: 112-113).

Quizá, desde esta perspectiva, la desesperanza que transmiten los jóvenes al repetir que “tú solo no puedes hacer nada” pueda ser apreciada con más justeza. Si lo que compartimos es cada vez menos, se hace extraordinariamente difícil trazar las líneas de un colectivo que pueda enfocar sus problemas individuales en común, interpretándolos como *asuntos públicos*. Por el contrario, aquellas movilizaciones en las que los jóvenes como sujeto colectivo adquirirían perfiles más nítidos parecen haber encontrado una activa respuesta juvenil, como lo ejemplifican las revueltas juveniles de los suburbios franceses o las recientes protestas estudiantiles, también francesas, contra la ley del contrato de primer empleo. Podría pensarse que existe un “nosotros” potencial muy amplio: todos los jóvenes parecen compartir, de hecho, un modelo precario y deteriorado de inserción estable en el mercado laboral. Pero hay que andarse con cuidado y no construir un nuevo mito, en esta ocasión el de la juventud precarizada, en el que se olvide la radical diversidad de situaciones por las que hoy atraviesan los jóvenes en sus transiciones a la vida adulta. Como han mostrado bastantes autores, la experiencia de la precariedad de los universitarios, por ejemplo, y de los jóvenes que no han conseguido concluir la educación secundaria superior es radicalmente distinta, tanto estructural como vivencialmente.

nizan inevitablemente la representación del mundo al que tratan de acceder. Regresemos a la descripción de las cuatro posiciones sobre la vida política juvenil expuestas más arriba. Es muy posible, por ejemplo, que las encuestas de opinión estén estrechamente ligadas a las posiciones culpabilizadoras, y los resultados de los grupos de discusión nos hagan girar casi indefectiblemente hacia las perspectivas normalizadoras. En el primer caso, si es cierto que lo político se aleja cada vez más de una experiencia cotidiana que redefine su sentido y su espacio, el joven al que el encuestador pide que valore la importancia de “la política” interpretará casi siempre que se trata de la “política de telediario”, de partidos políticos e instituciones. Sin opciones para expresar qué otra cosa puede querer decir lo político, la suma total de desencantados suma otra unidad. Los grupos de discusión refractan, por su parte, la mirada del investigador en otra dirección: tienden a registrar lo que los sociólogos cualitativos llaman “el discurso del se”, y nos hablan de lo que se piensa, de lo que se opina. Es decir, lo que los componentes del grupo consideran el discurso generalizado, sin que les sea fácil trazar diferencias entre ellos. En uno de los grupos de discusión realizados por los autores (junto con María Luz Morán), tras exponer con rotundidad la visión *normalizadora* de la vida política juvenil, uno de los jóvenes participantes señalaba de pasada: “A mí sí que me interesa, pero –acababa enseguida– en general, yo creo que no interesa”. El hegemónico discurso de rechazo y desconexión aparece así como un rodillo que anula los discursos nacientes, un velo de plomo que oculta quizá las reinventiones de lo político.

Las alternativas metodológicas no son necesariamente sencillas ni dejan de tener sus propios problemas, pero existen: desde el conocido *Talking Politics* de William Gamson, a los trabajos etnográficos de Paul Lichterman y Nina Eliasoph sobre la conformación de la comunidad cívica y la “trastienda” de la vida asociativa, o la propuesta de “etnografía global” de Michael Burawoy que propugna situarse precisamente en ese entramado de relaciones entre lo local y lo global que hace tan complicada la inteligibilidad política del mundo actual. El trabajo de Eliasoph sobre la apatía política (1998), además de aportar argumentos de relevancia directa para lo tratado en este artículo, resulta especialmente interesante por cuanto su metodología de observación participante pone de manifiesto la importancia del tipo de acceso que tengamos hacia los distintos espacios de la conversación pública. Y es que no decimos lo mismo ante muchos que ante pocos, ante los miembros

Cómo escuchar la conversación pública

Si es cierto que la conversación pública es el sustrato en el que la vida política hunde sus raíces, ¿de qué modo registrarla, valorarla y describirla? Los dispositivos que empleemos no son desde luego neutros, y arrojarán imágenes muy distintas de la naturaleza de este tejido democrático. No queremos replantear aquí el largo debate sobre la capacidad de distintas técnicas de investigación social para detectar distintas dimensiones de la actividad social y política. Pero sí es importante recordar que todos los métodos existentes filtran y orga-

de una comisión que nos da audiencia que ante los amigos que, como nosotros, no consiguen comprar una casa. ¿Cuál de estos espacios merece ser analizado? La pretensión de totalidad sería tan ilusoria como inútil: los investigadores y analistas de la juventud logramos quedarnos en los dedos con apenas unos granos cuando por nuestras manos pasa la arena de la realidad social. Lo que planteamos aquí es que vale la pena incrementar la proporción de dispositivos que apuestan por registrar algo de lo que hablan y callan los jóvenes en sus espacios cotidianos.

Sigamos el camino que sigamos, estamos convencidos de que es crucial prestar atención a este estadio de articulación discursiva del mundo común, a cómo expresan los jóvenes sus preocupaciones, para evitar los callejones sin salida de la investigación política sobre "la juventud". Prestar atención a la experiencia de las nuevas generaciones, en lo que hasta ahora son, en gran medida, zonas opacas de su relación con lo político, supone situarnos también en el espacio cívico de la conversación pública sobre lo público, desde el que se construyen las identidades ciudadanas y las posibilidades de su transformación. "Aquí estamos, arreglando el mundo", a menudo decimos irónicamente al describir a un tercero una larga conversación en la que hemos invocado razones, convocado colectivos imaginados e interpretado lo que nos pasa (sentimos) a la luz de lo que *nos pasa* (discurre ante nosotros). Quizá no mentimos del todo.

BIBLIOGRAFÍA

BECK, U. (1999), *La invención de lo político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

BENEDICTO, J. (2004), "¿Hacia una política participativa?", *Zona Abierta*, 106/107: 225-260.

BENEDICTO, J. y M. L. MORAN (2003), "Los jóvenes, ¿ciudadanos en proyecto?" en BENEDICTO, J. y M. L. MORÁN (eds.), *Aprendiendo a ser ciudadanos. Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes*, Madrid, INJUVE: 39-64.

BYNNER, J.; CHISHOLM, L. y A. FURLONG (1997), *Youth, Citizenship and Social Change in a European Context*, Aldershot, Ashgate.

ELIASOPH, N. (1990), "Political culture and the presentation of a political self", *Theory and Society*, 19: 465-494.

— (1998), *Avoiding Politics. How Americans Produce Apathy in Everyday Life*, Cambridge, Cambridge University Press.

JONES, E. y J. GAVENTA (2002), *Concepts of Citizenship: A Review*, Brighton, Institute for Development Studies.

KIMBERLEE, R. (2002), "Why don't British young people vote at general elections?", *Journal of Youth Studies*, 5 (1): 85-98.

LATOUR, B. (2003), "What if we talked politics a little?", *Contemporary Political Theory*, 2 (2): 143-164.

LECA, J. (1991), "Individualisme et citoyenneté", en BIRBAUM, P. y J. LECA (eds.), *Sur l'individualisme*, Paris, Presses de la FNSP: 159-209.

LÓPEZ BLASCO, A. (2005), "Familia y transiciones: individualización y pluralización de formas de vida" en VV.AA., *Informe 2004. Juventud en España*, Madrid, INJUVE: 21-150.

MEGÍAS, E. (coord.) (2005), *Jóvenes y política: el compromiso con lo colectivo*, Madrid, INJUVE-FAD.

MUXEL, A. (2001), *L'expérience politique des jeunes*, Paris: Presses de Science Po.

NORRIS, P. (2002), *Democratic Phoenix. Reinventing Political Activism*, Cambridge, Cambridge University Press.

O'TOOLE, T.; MARSH, D. y S. JONES (2003), "Political literacy cuts both ways: The politics of non-participation among young people", *The Political Quarterly*, 2003: 349-360.

PARRY, G.; MOYSER, G. y N. DAY (1992), *Political Participation and Democracy in Britain*, Cambridge, Cambridge University Press.

PHELPS, E. (2004), "Young people and changing electoral turnout, 1964-2001", *The Political Quarterly*, 2004: 238-248.

SCHLOZMAN, K.; VERBA, S.; BRADY, H. y J. ERKULWATER (1999), *Why Can't They Be Like We Were?: Understanding the Generation Gap in Participation*, Nueva York, Do Something Inc.

VINKEN, H. (2003), "Civic socialization in late modernity. Perspectives on young people's alleged withdrawal from civil society", en HOFFMANN, D. y H. MERKENS (eds.), *Jugendsoziologische Sozialisationstheorie*, Munich, Juventa Verlag: 253-267.

WYN, J. y R. WHITE (1997), *Rethinking Youth*, Londres, Sage Pub.

